



EN EL MUSEO DEL PRADO

ANTE EL CARLOS II DE CARREÑO

Recorriendo las salas del más vivo panteón de nuestra historia me encontré detenido de pronto y como fijado al suelo frente al retrato del rey Carlos II, el de busto, de D. Juan Carreño de Miranda. Y es que llama a tierra y nos fija en el suelo el portentoso retrato del último de nuestros Austrias, gracias a Dios infecundo. Es el retrato de la austriaca decadencia de España.

En el Carlos II de Carreño se ve no poco del Carlos I del Ticiano, de su tatarabuelo. Intimamente es el mismo; ¡pero qué enorme distancia del uno al otro! La que va del sueño del Renacimiento, soñado por un italiano, a la pesadilla de nuestra decadencia, sufrida por un español. Verdad es que ni Carlos I ni el Ticiano eran españoles. De español no tuvo el emperador más que lo que heredara de su madre, la locura, que le llevó a Yuste. Fue una planta exótica, germánica, trasplantada a nuestro suelo. Y de semilla a semilla, de flor a flor y de fruto a fruto la planta fue degenerando. No era para nuestra tierra.

Es, pues, el triste retrato de Carreño la imagen fiel de la cuarta generación de la planta austriaca en nuestro suelo espiritual; es un pálido y triste lirio ajado de nacimiento y que no dará ya semilla. Su corola cae a tierra.

Porque el Carlos II de Carreño se cae. No es como aquellas figuras del Greco que se alargan, pero se alargan hacia arriba, como damas, subiendo al cielo, por espiritualización; el rostro de Carlos II se alarga, sí, pero hacia abajo, por materialización. Le cae el pelo, le cae la monstruosa nariz, que parece recogerse a respirar sus propias exhalaciones; le cae la barbilla, se le caen los ojos. Le cae el Toisón sobre el pecho. Todo es en la decadencia. No estamos ante un espíritu encarnado; estamos ante un fantasma, pero un fantasma de sorprendente realidad, como la de un sueño. De una realidad como la que para el pobre Hechizado tenían los duendes, dragos, vestigios, estantiguas y demonios de sus peadillas. «La vida es pesadilla», nos dice el fantasmático Carlos II de Carreño.

Os ponéis ante él y no os percibe o coge con sus ojos al miraros; no os ve, sino que proyecta al exterior, a vuestra mirada, su propio vacío íntimo. De aquellos tristes y muertos ojos—pintados con toda la vida de la muerte—del Hechizado, ojos de buho espantado de la luz del día—la cabeza de buho emerge de la oscuridad—, viene a vuestros ojos todo un mundo de hechizo, de superstición, de pesadilla. Sentís la necesidad de un conjuro. Y el conjuro es el mismo retrato fantasmático; es el conjuro del arte depurador. Porque este retrato de Carreño, que es la conciencia histórica de Carlos II, la conciencia de nuestra decadencia, os pone, como jueces de ella, por encima de esa misma decadencia. Empieza a renderearse el que sabe que decae y lo sabe de verdad.

Este retrato es la conciencia de la idiotez regia del último de nuestros Austrias. Y esa regia idiotez del Hechizado, a que vino a parar la locura de Yuste del emperador Carlos I, su tatarabuelo, es una idiotez trágica. Siempre es trágica la idiotez asentada en el trono.

Pasad a la sala de Velázquez, el padre espiritual de Carreño, y deteneos ante el retrato del Bobo de Coria. Este es el tonto del pueblo, el tradicional e inevitable tonto del pueblo: un hombre feliz. Su idiotez popular irradia alegría de vivir, descuido y contento. Ese enorme filósofo que es el Bobo de Coria nada dice ni comprende nada; pero justamente por eso de no comprender nada se ríe de todo. Si su filosofía ingenua o inmediata, intuitiva, pudiese transformarse en filosofía reflexiva o inmediata, especulativa, nos diría con Santa Teresa: «¡Sólo Dios basta!» Entendiendo por Dios, ¡claro está!, la vida plena y entera. Pero la filosofía del Bobo de Coria no pasa de ser ingenua e inmediata. Y por eso es bobo. Para él filosofar es estar riéndose. Ante él recuerdo la profunda sentencia de Zuboga ante el Botero de Segovia: «¿Qué filósofo! ¡No dice nada!»

Pero llevad la idiotez desde el arroyo de la calle al Trono, haciedla de popular que era regia. Y desaparece la alegría al estallar la tragedia. Es el toque oscuro, es el vislumbre de la responsabilidad. Es el asomar vago, fantasmático, de la conciencia del sueño. Al Bobo de Coria no se le ocurría pensar que la vida es sueño, porque para él todo era uno, y el que dice que la vida es sueño distingue entre una y otro. Para el Bobo de Coria todo era uno y lo mismo, y todo lo real, ideal, y todo lo ideal, real. Era, no me cabe duda de ello, un prehegeliano inconsciente, ingenuo, inmediato. Pero sobre el regio idiota pesaba la responsabilidad de la realeza, la pesadilla del Trono, y rota la inmediantez y la ingenuidad de la tontería popular, y sin haber logrado clara conciencia de su mal, sufría el hechizo. Un hechizo mediato. Porque entre el pobre idiota regio y la realidad de su pesadilla había medianero. Estaba su confesor germánico, el padre Nithard, el de los encantamientos y desencantamientos. Y estaba el pícaro español Valenzuela. Entre el sacerdotal encantador germánico y el caciquil pícaro español mantenían la idiotez regia del último de nuestros Austrias.

¡Terrible idiotez la idiotez entronizada! Ya veis cómo la serena alegría de la idiotez popular, la de los pobres de espíritu, retratada por Velázquez, se convierte en la trágica lobreguez de la idiotez regia, la del Hechizado, retratada por Carreño. El Bobo de Coria es serena el ánimo, haciéndoos pensar «Mañana será otro día», mientras que el Carlos II de Carreño os lo entenebrece, haciéndoos dudar de si habrá mañana. Y por eso ante él os quedáis fijos al suelo, como agarrándoos al presente.

El Carlos II de Carreño es dramático, se ve en él el conflicto de la superstición y del pavor; en el Bobo de Coria, de Velázquez, no hay drama, como no le hay en casi ninguno de los cuadros del gran épico de nuestra pintura.

Y si queréis, para curaros de la fantasmática pesadilla, intuir el sueño de la vida, pero de una manera sana y viril, pasad conmigo a otra sala de nuestro milagroso Museo, a la del mágico Ribera. Y allí deteneos ante el Jacob que acostado en tierra sueña, y soñad con él. Detrás de los párpados cerrados de aquel varón fuerte, que había de luchar toda una noche, hasta el rayar del alba, con Dios y ser por ello llamado Israel (Gén., XXXII, 28), se adivina, se ve más bien, todo su sueño. El que había de ser Israel, el fuerte luchador con Dios, descansa, henchido de vida, sobre la tierra de Harán, puesto ya, el Sol. (Génesis, XXVIII, 11). Tiene una piedra, hueso de



la tierra fuerte, por almohada. Descansa sobre la tierra, en vivo contacto con ella. Allí sus pies desnudos, que la acariciaban en la marcha. Y detrás de los cerrados párpados en le ve la mirada recogida, la mirada que crea el mundo—el sueño es vida—y que **extiende un cielo de luz sobre la sombra de la**

tierra. Con luces y sombras creó Ribera un sueño de vida. Y toda aquella tierra, tierra visible, tierra de tierra, es la escala mística del cielo. Allí, en aquel cuadro portentoso, abrázanse el cielo y la tierra y son una misma cosa. No es el cielo sobre la tierra, alejado de ella, sino el cielo cifiendo a la tierra, abarcándola y sustentándola. Se ve que la tierra es pozo del cielo. Y es lo que se dice nuestro misticismo castellano, tan poco místico en el sentido especulativo y estricto. ¿Fue acaso puro y propio misticismo el de nuestra mística? ¿Qué va de Fra Angélico da Fiésole a Juan de Ribera, el Españoletto, el gran dramaturgo de nuestra pintura? Porque los lienzos del Españoletto son dramas ascéticos.

El sueño inocente e ingenuo, épico, del Bobo de Coria, que de todo se ríe porque nada comprende; la pesadilla trágica del idiota regio, de Carlos II el Hechizado, último Austria de España, que de todo se asusta; el sueño viril, realidad idealizada, espíritu hecho carne y tierra, luz cuajada en sombra, pero sombra que irradia luz, del Jacob español, el que sabe en lucha con Dios conquistarlo, como enseñaba fray Juan de los Angeles; ved aquí tres caras de nuestra historia de siempre, de la eterna, de la que se hace y deshace a cada momento. ¿Quién de nosotros no lleva en sí algo del Bobo de Coria, de Carlos II el Hechizado y del Jacob ribereño?

Id al Museo del Prado y deteneos sendos largos ratos ante los tres milagrosos lienzos. Y recibid su lección. Por Velázquez, Ribera y Carreño—un épico, un dramaturgo y un biógrafo—nos habla la conciencia española, la conciencia de la españolidad. Es, para el que sepa sacarla, haciéndola de ingenua inmediata e intuitiva, reflexiva, mediata y especulativa, nuestra filosofía. De la estética de nuestro arte, sobre todo del pictórico, surgirá lo mejor de la filosofía de nuestra alma.

Miguel de UNAMUNO

